

Burgos. El duque del Infantado, el canónigo Escoiquiz, el ministro Cevallos, y en general todos los que se hallaban comprometidos en los acontecimientos del Escorial y de Aranjuez, fueron unánimes en aconsejar al rey que saliese de Madrid. El infante don Carlos salió primero, lo que asustó á la reina que escribió al gran duque: « La salida tan repentina de mi » hijo Carlos nos hace temblar, porque le » acompañan personas muy maliciosas y el se- » creto que se le hace guardar para con no- » otros nos da mucho cuidado; tememos que » se le den papeles llenos de falsedades supues- » tas é inventadas..... ¿No podría V. A. I. y R. » enviar alguna persona que se adelantase á » mi hijo Carlos para enterar al Emperador » de todo, haciéndole conocer la verdad, así » como todas las mentiras de nuestros enemi- » gos. » Fernando, por su parte, escribía á su padre. « El general Savary acaba de estar con- » migo; quedo satisfecho de la buena harmo- » nia que existe con el Emperador y la buena » fé que me ha manifestado. Por tanto me » parece justo que V. M. me dé una carta para » el Emperador en que le deis la enhora- » buena sobre su llegada, y le asegureis que

» estoy animado de los mismos sentimientos de » que V. M. le ha dado tantas pruebas..... » La reina envió esta carta singular al gran duque de Berg, diciéndole: «..... No escribiré » mos la carta que se nos pide, como no se nos » obligue á ello, como á la abdicacion, segun » la protesta que V. A. I. tiene entre ma- » nos..... » La correspondencia diaria de la reina suministraba al Emperador los autos del pleito que tenia que sentenciar; fácil era preveer el resultado, supuesto que Fernando iba á Bayona á acelerar la conclusion con su presencia.

Este príncipe se puso en camino el 10, con la esperanza loca de hacer aprobar su usurpacion por el Emperador; se alucinó hasta el punto de creer que apenas tendria tiempo para llegar á Burgos, antes de encontrarse con el Emperador, cuya llegada á Madrid se anunciaba siempre. Antes de salir, Fernando estableció un consejo de regencia, bajo la presidencia de su tio don Antonio; el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz le acompañaron; pero, no habiendo sabido nada del viage de Napoleon en Burgos, siguió hasta Vitoria donde no supo mas. En esta última ciudad algunos fie-

les servidores de la familia real, instaron á Fernando para que se detuviese; entre ellos, el caballero de Urquijo, que habia venido á propósito desde Bilbao, para suplicar al príncipe que no siguiese adelante. Fernando, conmovido con estos consejos, se determinó á escribir una carta que Savary llevó al Emperador; decia entre otras cosas:

« SEÑOR Y HERMANO MIO,

» Puesto en el trono por la abdicacion libre  
 » y espontánea de mi augusto padre, no he  
 » podido ver sin un verdadero sentimiento,  
 » que S. A. I. el gran duque de Berg, así  
 » como el embajador de V. M. I. y R., no me  
 » han dado la enhorabuena como rey de Es-  
 » paña, al paso que los representantes de las  
 » otras cortes, con quienes no tengo relacio-  
 » nes tan íntimas, se han dado prisa en ha-  
 » cerlo; como no puedo hallar otro motivo  
 » que la falta de órdenes positivas de V. M.,  
 » permitirá que le exponga con toda sinceri-  
 » dad que, desde los primeros momentos de  
 » mi reinado, he dado á V. M. I. y R. las  
 » pruebas menos equívocas de mi lealtad y de  
 » mi cariño, habiendo desde luego mandado

» volviesen á Portugal las tropas que habian  
 » retrocedido hácia Madrid. Mis primeros  
 » cuidados han sido procurar que no falte nada  
 » á sus tropas, á pesar de haber encontrado el  
 » erario exausto; he dado á V. M. la mejor  
 » prueba de confianza, mandando salir de la  
 » capital á mis propias tropas, para recibir  
 » parte de su ejército. He buscado todos los  
 » medios de convencer á V. M., en las cartas  
 » que le he dirigido, que me halló animado de  
 » los mismos sentimientos que mi augusto pa-  
 » dre..... Con este motivo, tres grandes del  
 » reino han ido á recibir á V. M., luego que he  
 » sabido que intentaba venir á España; y, para  
 » darle una prueba todavía mas solemne de  
 » mi alta consideracion para su augusta per-  
 » sona, he enviado, con el mismo objeto, á mi  
 » querido hermano el infante don Carlos que  
 » se halla ya en Bayona de algunos dias á esta  
 » parte. Me lisongeo que en todo esto V. M.  
 » habrá podido conocer mis verdaderos sen-  
 » timientos.

»..... V. M. me permitirá añadir..... Des-  
 » pues de la respuesta franca y leal que hice  
 » al general Savary, cuando me dijo que V. M.  
 » queria saber únicamente si mi advenimiento

» al trono podria producir alguna mudanza en  
 » las relaciones políticas de ambos Estados, con-  
 » descendiendo con el deseo que me manifesté  
 » de que viniese al encuentro de V. M.....

» Por tanto, suplico encarecidamente á  
 » V. M. I. y R., se digne dar término á la  
 » situacion penosa en que me hallo con su si-  
 » lencio..... — Vitoria, 14 de abril de 1808.

» FERNANDO. »

Mientras que Fernando entraba en Burgos y en Vitoria, debajo de unos arcos triunfales, una órden de la regencia dictada por una mano oculta, abria al príncipe de la Paz las puertas de la cárcel en que estaba, y le eximia del juicio que toda la nacion aguardaba con impaciencia. El decreto se publicó solo el 21, y desde aquel día el pueblo español juró venganza y exterminio á los Franceses. En arrancando Godoy del tribunal que le habia de sentenciar, Napoleon se perjudicó mas que con las renunciaciones de Bayona. La España entera acusaba al príncipe de la Paz, y se sublevó tambien entera, contra aquellos que, con este paso imprudente, se declararon los protectores del privado caido.

El Emperador habia llegado á Bayona en la noche del 14 al 15 de abril. El 17, el general Savary, duque de Rovigo, trajo al príncipe Fernando la memorable respuesta que sigue:

« HERMANO MIO ,

» He recibido la carta de V. A. R.; habré  
 » hallado en los papeles del rey su padre la  
 » prueba del interes que siempre he tenido á  
 » su persona. En la circunstancia actual, per-  
 » mitame que le hable con franqueza y leal-  
 » tad. En llegando á Madrid, esperaba con-  
 » vencer á mi ilustre amigo de la necesidad de  
 » algunas reformas en sus Estados; así como  
 » de dar alguna satisfaccion á la opinion pú-  
 » blica. La separacion del príncipe de la Paz  
 » me parecia necesaria para su felicidad y la  
 » de sus súbditos; los asuntos del Norte han  
 » atrasado mi viage; y mientras tanto han acon-  
 » tecido los eventos de Aranjuez. No me esta-  
 » blezco juez de lo que ha pasado y de la con-  
 » ducta del príncipe de la Paz; pero lo que sé  
 » muy bien, es que es peligroso para los re-  
 » yes acostumbrar á los pueblos á derramar  
 » sangre y hacerse justicia por sí. Ruego á  
 » Dios que V. A. R. no lo experimente algun

» dia. No está en los intereses de la España da-  
 » ñar á un príncipe que ha casado con una prin-  
 » cesa de la sangre real, y que ha gobernado  
 » el reino por tanto tiempo. Ya no tiene ami-  
 » gos; tampoco los tendria V. A. R., si llegase  
 » á ser desgraciado. Los pueblos se vengán con  
 » gusto de los respetos que nos tributan. Por  
 » otra parte, ¿cómo es posible juzgar al prín-  
 » cipe de la Paz sin comprometer á la reina y  
 » al rey vuestro padre? Semejante proceso ali-  
 » menta el odio y las pasiones facciosas, y el  
 » resultado será funesto á vuestra corona, su-  
 » puesto que V. A. R. no tiene otros derechos  
 » que los que le ha transmitido su madre. Si  
 » el proceso la deshónra, V. A. R. rasga sus  
 » derechos. Cerrad los oídos á unos consejeros  
 » débiles y pérfidos. No teneis derecho para  
 » juzgar al príncipe de la Paz; los delitos que  
 » se le acriminan se confunden con los derechos  
 » del trono. Muchas veces he manifestado el  
 » deseo de que se separase de los negocios al  
 » príncipe de la Paz; la amistad del rey Carlos  
 » me ha hecho callar muchas veces, y cerrar  
 » los ojos sobre las debilidades de su cariño.  
 » Miserable humanidad! Debilidad y error es  
 » nuestra divisa; pero todo puede conciliarse.

» Destierrese al príncipe de la Paz y le ofrezco  
 » un asilo en Francia. En cuanto á la abdicacion  
 » de Carlos IV, se ha verificado en un mo-  
 » mento en que mis ejércitos cubrian las Es-  
 » pañas, y, á los ojos de la Europa y de la pos-  
 » teridad, pareceria haber empleado tantas tro-  
 » pas con el objeto de precipitar del trono á mi  
 » aliado y amigo. Como soberano vecino, se  
 » me ha de permitir que me entere de los he-  
 » chos, antes de reconocer esta abdicacion. Lo  
 » digo á V. A. R., á los Españoles, al mundo  
 » entero; si la abdicacion del rey Carlos ha  
 » sido espontánea, y si no es el resultado de  
 » la violencia y de la insurreccion de Aran-  
 » juez, no tengo dificultad en admitirla y re-  
 » conozco á V. A. R. como rey de España. De-  
 » seo pues hablar con V. A. sobre este parti-  
 » cular. La circunspeccion que guardo de un  
 » mes á esta parte en todos estos negocios,  
 » debe servirle de garantía del apoyo que ha-  
 » llará en mí, si algun dia las facciones, sea cual  
 » fuere su naturaleza, llegasen á alarmar á  
 » V. A. R. cuando haya subido al trono.  
 » Cuando el rey Carlos me dió parte del acon-  
 » tecimiento del mes de octubre próximo  
 » pasado, me causó mucho dolor, y creo ha-

» ber contribuido con mis insinuaciones al  
 » buen éxito del asunto del Escorial. V. A. R.  
 » habia delinquido. Basta, para prueba, la  
 » carta que me escribió y que he querido  
 » siempre ignorar. Cuando llegue á reinar, sa-  
 » brá cuan sagrados son los derechos del tro-  
 » no. Todo paso dado por un príncipe here-  
 » dero hácia un soberano extranjero es un  
 » delito. V. A. R. debe desconfiar de los extra-  
 » vios y de las conmociones populares. Puede  
 » suceder que se asesine á algunos de mis solda-  
 » dos aislados, pero el resultado seria la ruina  
 » de la España. He sabido ya, y lo siento, que  
 » en Madrid se han esparcido cartas del capi-  
 » tan general de Cataluña, y que se ha pro-  
 » curado exaltar los ánimos. V. A. R. conoce  
 » mi pensamiento entero; advertirá que estoy  
 » titubeando entre varias ideas que necesitan  
 » fijarse. Puede quedar seguro que en todo  
 » caso me portaré con V. A. R. como con el  
 » rey su padre: crea que mi deseo es con-  
 » ciliarlo todo y hallar ocasiones de darle  
 » pruebas de mi afición y de mi perfecta es-  
 » timacion. Ruego á Dios, etc.

» Bayona, 16 de abril de 1808.

» NAPOLEON. »

¿Quién habia de creer que despues de haber  
 leido esta carta, Fernando se decidiese en  
 proseguir en su viage. Sus mismos consejeros  
 que hubieran debido obligarle á volver á Ma-  
 drid al instante, le instaron para que fuese á  
 Bayona. Napoleon con abstenerse de dar á  
 Fernando el título de rey, le hacia entender  
 bastante que le miraba como á un usurpador.  
 Parece imposible que Napoleon, cuando escri-  
 bió esta respuesta á la carta justificativa y supli-  
 cante del príncipe de Asturias, no pensase en  
 que Fernando se resolveria en quedarse sobre  
 la defensiva. Este partido hubiera sido mas ven-  
 tajoso y mas honoroso para Napoleon y para  
 Fernando; en esta situacion, éste levantaba  
 el estandarte de la defensa de su patria, cuya  
 capital y plazas fronterizas habian sido ocu-  
 padas en medio de la paz, al paso que Napo-  
 leon por su parte podia proclamar una guerra  
 legítima contra el usurpador del trono de su  
 aliado.

No sucedió así; el inevitable destino que ha-  
 bia, seis años despues, de quitar el trono á Na-  
 poleon y de coronar á Fernando, á pesar de la  
 protesta no revocada de su padre, hizo que con-  
 tinuase en su viage. En fin, Fernando se alucinó

hasta el punto de contestar desde Vitoria al Emperador. «..... Con la mayor satisfaccion, » acabo de recibir la carta de V. M. I. y R., » traidapor el general Savary, con fecha del 16. » La confianza que V. M. me inspira, y el deseo » que tengo de conocer á V. M. y de probarle » que la abdicacion del rey mi padre ha sido » consentida á mi favor espontáneamente, me » han decidido á trasladarme inmediatamente » á Bayona..... » En efecto, salió el 18, y fue recibido en la frontera por el príncipe de Neuchatel. Cuando Savary entregó la respuesta de Fernando á Napoleon, éste exclamó: *Cómo es posible que venga!* El príncipe llegó el 20 á Bayona, donde Napoleon vino á visitarle inmediatamente, dándole solo el tratamiento de alteza real; el mismo dia, comió con él en Marrac. En esta primera entrevista no se dijo nada concerniente á los asuntos de España; la carta de Fernando á Napoleon escrita desde Vitoria, prueba que contaba con tener que contestar sobre la abdicacion de su padre, cuya protesta aparentaba ignorar, y no es creible que ignorase la correspondencia de su padre, de su madre y de su hermana con Murat y con el Emperador; pero el vér-

tigo se habia apoderado de Fernando y de sus consejeros, que en Vitoria desecharon el aviso que se les dió de que la protesta de Cárlos IV estaba en poder de Napoleon. El 28, Fernando escribia al infante don Antonio: «Te » hago saber que el Emperador tiene una » carta de Maria Luisa en que dice que la abdicacion de mi padre ha sido forzosa. Haz » como si no lo supieras, y procura que estos » malditos Franceses no te engañen con una » de sus alevosías....» Fernando sentia entonces con amargura no haber querido escuchar en Vitoria las representaciones del caballero Urquijo. Luego despues de la salida de Fernando, el gran duque de Berg hizo salir de la prision al príncipe de la Paz que se puso en camino para Francia con una escolta. El 15 de abril, Cárlos IV escribió al Emperador para manifestarle el deseo que tenia de abrazarle. La reina escribia el mismo dia en el mismo sentido. Las expresiones de entrambos respiraban la mayor confianza en la buena voluntad del Emperador.

No se puede menos de reparar que, despues de la salida de Fernando y de Godoy, nada habia mas fácil para el Emperador que vol-

ver á colocar á Cárlos IV sobre el trono , obligarle á separarse de su privado , y aceptar la forma de gobierno que luego fue otorgada á la España. Napoleon hubiera dominado á ese hermoso reino , con el beneficio de sus instituciones, sin tener que someterle é irritarle con la fuerza de sus armas; y, no temiendo ya que Cárlos IV llamase ó admitiese á los Ingleses en España , el Emperador hallaba por esta parte toda la seguridad política que podia apetecer.

Al momento de salir de España, Cárlos escribió, el 17, á don Antonio que habia protestado contra la abdicacion que era nula bajo todos aspectos; que la protesta existia en manos del emperador Napoleon, que su hijo no habia de ser reconocido como rey, y que antes de salir para Bayona volvía á tomar el gobierno. El 28 de abril, el rey, la reina y los infantes llegaron á Vitoria donde los guardias de corps que habian acompañado á Fernando se presentaron, para hacer el servicio cerca de SS. MM. Pero el anciano monarca no se habia olvidado de que habian faltado á sus deberes en Aranjuez; los despidió vergonzosamente, y pidió una guardia al general frances

Verdier. El 30, el rey y la reina llegaron á Bayona al ruido de las salvas de artillería. El príncipe de Asturias y don Cárlos salieron á recibirlos. Luego que SS. MM. se hubieron apeado, todos los Españoles fueron admitidos al besamanos; al retirarse á su aposento el rey dijo al príncipe de Asturias, que hacia ademan de seguirle: *Bastante habeis ultrajado mis canas.* Fernando se retiró. El Emperador vino á visitar á los reyes, y en esta primera entrevista, que fue una larga conferencia, todo quedó decidido; pues, el 2 de mayo siguiente, Cárlos IV dirigió á su hijo una especie de manifiesto en que, despues de haber relatado las circunstancias políticas de la España desde la paz de Basilea, y los hechos relativos á la conspiracion del Escorial, añadia: «.... He debido » acordarme de mis derechos de padre y de » rey, y os hice arrestar; hallé en vuestros pa- » peles la prueba de vuestro delito. Pero ¡al » cabo de mi carrera, entregado al dolor de » ver morir á mi hijo sobre un cadalso, me » enternecieron las lágrimas de vuestra ma- » dre y os perdoné. Mis ministros fueron ca- » lumniados acerca del Emperador de los Fran- » ceses que, temiendo que la España se sepa-

» rase de su alianza, y, viendo los ánimos  
 » agitados en el seno de mi familia, cubrió con  
 » varios pretextos la España con sus tropas.....  
 » ¿Cuál ha sido vuestra conducta? Habeis su-  
 » blevado á mis guardias de corps contra mí;  
 » vuestro padre ha sido vuestro prisionero.  
 » Mi primer ministro, adoptado por mí, enla-  
 » zado con mi familia, ha sido arrastrado san-  
 » griento de calabozo en calabozo; habeis  
 » marchitado mis canas; las habeis despojado  
 » de una diadema que mis antecesores ciñeron  
 » con gloria; y que yo habia conservado sin  
 » mancha..... He recurrido al Emperador, no  
 » como lo hiciera un rey á la cabeza de sus tro-  
 » pas y con todo el esplendor de la soberanía,  
 » sino como un rey desgraciado y abando-  
 » nado. He hallado proteccion y refugio en-  
 » medio de sus acampamentos. Le debo la vida,  
 » la de la reina y la de mi primer ministro....  
 » He abierto mi corazon al Emperador..... Me  
 » ha declarado que nunca os reconocerá como  
 » rey..... Me ha enseñado cartas vuestras  
 » que comprueban el ódio que teneis á la  
 » Francia..... Arrancándome la corona habeis  
 » quebrado la vuestra..... Vuestra conducta  
 » para conmigo, y vuestras cartas intercep-

» tadas han puesto una barrera de bronce en-  
 » tre vos y el trono de España, que no tiene  
 » interes ni vos tampoco en que le ocupeis;  
 » soy rey por el derecho que tengo de mis an-  
 » tepasados. Mi abdicacion es el resultado de  
 » la fuerza y de la violencia..... No quiero  
 » dejar á mis súbditos la guerra civil, las jun-  
 » tas populares y las revoluciones. Todo debe  
 » hacerse para el pueblo y nada por él.»

Se dijo, en aquella epoca, que esta traduc-  
 cion era el original de la carta del rey á su  
 hijo. Sea lo que fuere, el príncipe de Asturias  
 dirigió, el 5 de mayo, al Emperador, y, el 6, á  
 su tio el regente, la carta que declaraba que  
 devolvía la corona. Pero el rey, despues de la  
 comunicacion que le hizo el Emperador del  
 parte del 2 de mayo que acababa de recibir  
 de Murat, se dió prisa en ejercer la autoridad  
 real, quitando la regencia á don Antonio para  
 transferirla al gran duque. La capital habia  
 sido el teatro de turbaciones muy sérias.  
 Treinta ó cuarenta mil hombres armados, en-  
 tre habitantes, soldados y labradores, habian  
 levantado el estandarte de la insurreccion y  
 atacado á los Franceses. En los cinco acampa-  
 mentos que rodeaban á la villa, se tocó la gé-